

LEONCIO GUERRERO

ALBERTO BLEST GANA
Y SU EPOCA

EL CAPITULO NO ESCRITO

ANOCHECE. La calle principal del pueblo recién ha sido iluminada. Las luces de las chonchonas producen una lúgubre penumbra. Las vitrinas de los despachos están todavía con los pestigos sin colocar, dejando entrever los objetos expuestos a la venta. Un coche tirado por caballos se arrastra por el pésimo empedrado. Las llantas de fierro van esparciendo chispas que indican el zigzaguo del vehículo. El chac chac de las herraduras ponen un ritmo monótono a la hora provinciana.

En la semiobscuridad van y vienen los pueblerinos. Han salido a hacer un poco de vida social. Es el paseo del anochecer. El momento del día en que se forman los noviazgos y se hacen visibles los enredos amorosos, que serán el comentario malévolo que espante el aburrimiento.

Los adolescentes inician sus primeros escarceos sentimentales. Recién despiertan a la vida y empiezan a sentir esos vagos anhelos que hacen de la existencia un milagro renovado.



La hora avanza. Poco a poco, la tertulia se va deshaciendo. Se van las jóvenes primero. Los galanes las siguen a distancia. Pronto la calle del comercio queda silenciosa. De las ventanas, defendidas por gruesos barrotes de fierro forjado y veladas por no menos densos cortinajes, se escapan las luces amarillentas de lámparas y velas.

En casa de los Rivas, ya han llegado todos. Una sirvienta reparte los guisos en silencio. Hay honda preocupación en los rostros de los familiares. El asiento del padre está vacío. El viejo está enfermo, aquejado de una dolencia que es una combinación de cansancio, angustia

y pobreza. Descansa allá adentro entre tizanas y braseros. De pronto, entra una mozuela toda azorada.

—Don Martín —dice al oído del joven— el patrón quiere que vaya al momento.

Martín asiente con la cabeza, dobla la servilleta, la coloca en el pesado anillo de bronce y se levanta, dirigiéndose, por los largos y sombríos corredores, a la pieza de su padre. Golpea la puerta suavemente.

—Paso niño —oye la desfalleciente voz del autor de sus días.

Martín entra. Hay un desagradable olor a remedios y a comida. El padre le indica, con un gesto, los pies de la cama. Obedece y se queda mirándolo. Tiene la certeza de que será la última vez que estará con él.

—Martín, te llamaba para conversar algunas cosas serias... Como ya has terminado tus estudios en el liceo, me preocupa tu porvenir y el de tu madre y hermana. Además, debes saber que estoy arruinado. He tenido que malvender la mina. Apenas si tenemos qué llevar a la boca. Por eso, yo quiero que te vayas a Santiago a estudiar para abogado. Te daré una carta para don Dámaso Encina, que me debe muchos favores, incluso los principios de su fortuna. Creo que no se negará.

Calla unos instantes. Luego le coge la mano con ternura, y continúa:

—“De tí va a depender, en adelante, la suerte de tu madre y de tu hermana: vé a Santiago y estudia con empeño. Dios premiará tu constancia y tu trabajo.”

Se lo queda mirando, con esa honda fijeza de las despedidas definitivas. El muchacho también está en silencio, perdido en una balumba de sugerencias y de presentimientos.

Ya es muy de noche. Los perros ladran en torno y la voz trasnochada de un sereno canta una hora indefinida en las incontables horas de tiempo.

AMBIENTE Y TIPOS

Santiago en 1841. Una aldea grande, soñolienta, de rectas calles bordeadas de bajas casas de adobe. Se ven balcones corridos y firmes aleros protectores de las lluvias y del sol. La calzada, sucia, llena de barro. Chiquillos y perros se solazan gritando. Los claveteados portones están cerrados. La Alameda limita la ciudad por el sur y es el paseo de moda, donde las familias salen a desvanecer su aburrimiento y a lucir sus trajes y carruajes.

Una tarde de diciembre, a la pesada hora de la siesta, un joven alto

y pálido se detiene frente a un portón. Golpea varias veces, hasta que sale a abrir un criado. Escucha su pedido y luego vuelve a cerrar. Después de un rato, entreabre el portón nuevamente y lo hace entrar. Martín Rivas, ha traspasado, sin saberlo, el umbral de su destino. Nada podrá hacer por variarlo. En esa mansión lo esperan los otros personajes que han de participar en la tragicomedia de su vida.

Don Dámaso Encina, engolado, despreciativo y burlón, lo recibirá en su escritorio, escudriñando su vestuario anticuado y sus modales tímidos. Tiene intenciones de despedirlo, luego de haber leído la carta de su amigo. Mas, recapacita, movido acaso por un resto de agradecimiento o por un rápido cálculo sobre la utilidad de aquel joven ingenuo y honrado.

Más tarde le presentan a la bella hija de la casa, a la sin par Leonor Encina. Presiente, ante el frío e irónico mirar de sus pupilas, que será su esclavo por toda su vida. Es ella la que su instinto ha buscado a través de sus sueños informes. Leonor se apodera inconscientemente de él. Lo hará sufrir, lo humillará, lo abrumará con su belleza y su sadismo. Martín siente un inmediato y violento amor por esta frívola muchacha "para quien no hay ningún hombre digno de su corazón y de su mano".

Frente a ella se desvanece el pasado, los rostros implorantes de su madre y de su hermana, las promesas hechas a su padre, la firme resolución de labrarse un porvenir.

*
* *
*

Para Martín Rivas todo es asombroso en la capital y, sobre todo, en el medio que le ha tocado en suerte caer. Hay aquí personajes a quienes admira y envidia. Agustín Encina, el hijo de su papá, el amanerado e irresponsable jovencito, hermano de su amada, le confunde con su parloteo cursi en el que utiliza palabras francesas, mal empleadas y peor pronunciadas, y con la fastuosidad de su vestimenta. Ha pasado una corta temporada en París y ya casi no reconoce a los nativos ni sus costumbres. El novelista lo describe así: "El joven iba vestido con una levita azul, abrochada sobre un pantalón claro que caía sobre un par de botas de charol, en cuyos tacones se veían las espuelitas doradas. En su mano izquierda tenía una huasca con puño de marfil, y en la derecha, un enorme cigarro habano consumido a medias".

He ahí descrito un "colérico" de la época. Bastaría cambiar o reemplazar su indumentaria para tener su equivalente actual.

Este Agustín es un petimetre tímido, egoísta, presumido y provisto de una moral muy elástica en materia de amores. Así, por ejemplo, cree que las muchachas de clase inferior deben estar siempre dispuestas para ser amantes de los jóvenes aristócratas. "Así se acostumbra en París" y eso es ley para él. Pero ¡ay! del que se acerque a las de su clase, aunque sea con el más puro anhelo de matrimonio. . .



Leonor, como toda joven aristócrata casadera, está siempre rodeada de una corte de admiradores que suspiran y mueren por una mirada o una palabra de la diosa. Entre éstos, se encuentran los almibarados Clemente Valencia y Emilio Mendoza.

Clemente Valencia tiene a la sazón, veinticinco primaveras. Es muy ostentoso en el vestir, muy chic, muy parisiense también. Pero bajo las ropas no logra ocultar la plebeyez de sus formas. Es muy rico y esto borra todo defecto. Las madres se desviven por atraerlo a sus salones. Es un buen partido para sus hijas. Los amigos lo buscan a su vez, pues es muy generoso. Además posee una cualidad muy envidiable, aun en nuestros días: tiene coche propio. Es el primero que trae al país un carruaje a la Dumond.

En oposición, su rival en el corazón de Leonor, Emilio Mendoza, es un buenmozo. No tiene que disimular una estampa ordinaria. No. En sus facciones, en sus modales revélase la noble estirpe de sus ascendientes, la prosapia sin mancilla de una antigua familia de larga tradición política y social. Pertenece a uno de esos clanes "que han descubierto en la política una lucrativa especulación". Son los señoritos que ocupan las embajadas, los altos puestos en la administración pública. Son los que nacieron para espectables funciones, así como los "rotos" nacieron para las bajas.



Entre los caballeros de edad, destacan ante Martín, don Fidel Elías y don Simón Arenales. Son, dice Blest Gana, "el tipo de los parásitos". Parsimoniosos, enfáticos, de gestos grandilocuentes. Opinan sobre todos los temas, a base de frases hechas y lugares comunes. Les atrae, por supuesto, la política de la cual viven. Son los defensores del ORDEN, de ese orden que les permite medrar y especular. Desearían acciones inmediatas y violentas contra esos revolucionarios que piden aumento

de sueldos y salarios y que fundan sociedades como La Igualdad, antro de anarquistas y conjurados. Los gobiernos son muy débiles para ellos. No actúan con mano firme. Pero cuando triunfan las ideas "renovadoras", son los primeros en felicitar y ofrecer su apoyo al nuevo gobierno. Parece que los conocemos. . .

*
* *

Pero hay un joven aristócrata que para Martín es un firme apoyo moral. Es Rafael San Luis. Lo conoce en el Curso de Leyes y se hacen inseparables confidentes. Ambos tienen los mismos problemas: han sido despreciados por sus novias. Martín, por los desdenes de Leonor y Rafael, por el olvido de Matilde, un tipo pusilánime de mujer que obedece incondicionalmente al padre que le ordena casarse con otro galán de mejores condiciones económicas.

San Luis se siente defraudado, por lo que siente en su sangre ansias de protestas y se hace revolucionario. Ingresa a la Sociedad La Igualdad, participa en una asonada que fracasa, junto con Rivas. El muere en la acción y Martín es beneficiado con el amor definitivo de Leonor, que, en un melodramático final, lo acepta por novio oficial.

Pero a Rafael le mantiene la moral en los días de abandono. Le da consejos sabios, como éste: "lo peor que puede suceder a un joven pobre como Ud. es el enamorarse de una niña rica. Adiós estudios, porvenir, esperanzas. . . el amor para un joven estudiante, debe ser como la manzana del paraíso: fruto vedado. Si Ud. quiere ser algo, Martín, y le digo esto porque Ud. parece dotado de la noble ambición que forma los hombres distinguidos, rodee su corazón de una capa de indiferencia tan impenetrable como una roca".

Es un joven venido a menos que tiene un tío muy rico que lo ampara.

Rafael San Luis es el ejemplar típico del aristócrata que toma el partido del pueblo. Un idealista o un resentido, pero que actúa contra sus propios intereses. También nos parece reconocer en la actualidad a este espécimen.

*
* *

Las mujeres son para Martín Rivas, permanente preocupación, tanto por la complejidad de sus reacciones, como por el pintoresquismo de su vestimenta y lenguaje desusado allá en la provincia, donde toda su preocupación lo constituye su hogar, su marido y sus hijos, sin

entrometerse en problemas que no entienden. Por eso, doña Francisca, esposa de don Fidel Arenales, le escandaliza. Es una dama independiente, emancipada de la tutela del mediocre de su consorte. Le rebate sus opiniones y lo deja en ridículo en público. Refiriéndose a las protestas por el liberalismo que invade al país y que él quiere acallar, ella le grita:

—“Entonces, ¿para qué estamos en república, si no hay libertades?”

—Cállate mujer —le conmiga él—. Las mujeres no deben meterse en política.

—Eso crees tú, tirano, quién sabe si lo hacemos mejor que algunos pobres hombres que conozco. . .

El marido, vencido, calla.

Esta doña Francisca es muy leída. Devora novelones románticos en los cuales encuentra las satisfacciones sentimentales que no le ha dado don Fidel. Ella está convencida del gran papel que juega la mujer en la sociedad, y por eso hace suyo un *pansamiento* cursi que Emilio Mendoza escribe en su álbum:

“La Humanidad camina hacia el progreso, girando en un círculo que se llama amor y que tiene por centro el ángel que apellidan mujer”.

*
* *
*

En oposición a esta feminista, encontramos la femenina doña Engracia, esposa de don Dámaso y madre de la bella Leonor y del sin par Agustín. Es una gran dama que vive en permanente ausencia de la realidad que la rodea, en un dulce y encantador sonambulismo. Su mayor preocupación es la perrita regalona, su baño, su dieta. Vive sumida en un aura de grandeza, de estirpes señoriales. Sus mayores preocupaciones son el último escándalo social, las más recientes creaciones de los modistos de París. Es un encantador parásito femenino.

*
* *
*

En cambio, la burda y francota doña Bernarda, madre de Edelmira, Adelaida y Amador, es una mujer de acción, preocupada de las realidades inmediatas de sus familiares, a quienes cuida y protege hasta la audacia. No cría perritas ni lee novelones. Pero tiene un grave defecto: es arribista. Como dice Blest Gana, es como “la gente de *medio pelo* que desprecia a las buenas familias, pero que en el fondo las en-

vidia y desea imitarlas". Y eso es lo que hace doña Bernarda. No quiere ser menos que nadie. "Qué tienen ellos que yo no tenga", argumenta. Establece en su casa de los suburbios una tertulia diaria, al igual que las de los salones de los señorones. Celebra santos, da saraos y comilonas. Además, ambiciona casar a sus hijas con caballeros, no con rotos. Le parece buen partido Agustincito que, en las visitas a su casa, le hace el amor a Adelaida. El bellaco de Amador concierta una emboscada en la que cae el incauto galán, de la cual sale fraudulentamente casado para desesperación de doña Engracia.

Las hijas están muy bien estudiadas. Por ejemplo Edelmira es "una pobre muchacha desgraciada, porque se avergüenza de los suyos y aspira a gentes que la valgan, a lo mejor por el lado del corazón". Es una insatisfecha que se enamora en secreto de la hombría de Martín.

Adelaida es sensual, le agrada el goce de los sentidos y se entrega a Rafael San Luis, del cual tiene un hijo, motivo por el cual pierde el seductor de nuevo a la recién conquistada Matilde, que lo abandona y desprecia.

Amador, el hijo, es un pícaro, un chantagista. Es el típico roto alambicado que ha perdido, a causa del arribismo de los suyos y el contacto con los aristócratas, todo su espontáneo gracejo, que es la característica del auténtico hombre del pueblo. Es un roto sofisticado.



Los tipos callejeros preocupan a Martín. Más de una vez los conoce muy de cerca y tiene que trenzarse a mojicones con ellos, como es el caso de esa graciosa escena cuando va a la Plaza de Armas en busca de ropa más adecuada a su nuevo medio y que le vale una noche de prisión y la pérdida de la casa de don Dámaso Encina.

LA RETORICA AMOROSA

Esta novela de Blest Gana, como todas las de este escritor, tiene como aglutinante los problemas amorosos, sobre un trasfondo de época. Indudablemente, la retórica amorosa está de acuerdo con la manera de expresarse de ese tiempo. A nosotros nos chocan un tanto esas expresiones rebuscadas, que encubren apenas lo superficial del sentimiento. Tenemos otra manera de hacer y decir el amor, que como la hacía Martín Rivas, que a la postre es el más sobrio en el gasto de "dichas", "corazones", "abandonos". Por ejemplo, caer de rodillas ante "el bien

amado", en rendida pleitesía y entrega, ya no nos tienta, aunque nos consta que hay algunos galanes que aún lo practican con gran contentamiento de las damas agraciadas con esta actitud en desuso. También se ha suprimido, en gran parte, el envío de flores y bombones, de billetitos perfumados y de acrósticos de mal gusto. El lenguaje amoroso de hoy es desenfadado y no se anda con eufemismos, sugerencias y largas esperas, masoquistas humillaciones o desprecios. La vida fluye con rapidez y no hay tiempo que perder en remilgos y respetos hipócritas. El amor tampoco se hace en los salones ante la vigilancia de los padres y parientes, quienes están totalmente excluidos de estos problemas de sus hijos. Los "chicoleos", como llamaban al flirt o pololeo, se han reducido al mínimo y en él participan, también, el mínimo de personas. Antes era un largo proceso de chismes, intervenciones, componendas que tenían ocupadas a las familias por años enteros.

Hoy el amor se practica en silencio en los parques o en los mullidos e historiados asientos de los automóviles o en los celestinescos aposentos de los taxi-rooms.

Volviendo a nuestro tema, tenemos que reconocer que la retórica amorosa que campea en esta novela del siglo pasado, nos suena mal y, a veces, nos ruborizan sus frases y expresiones empalagosas. Veamos algunos ejemplos, tomados al azar:

—“Si es verdad que Ud. me concede su amor, que ha sido hasta hoy mi única dicha y mi único pensamiento querido, déjeme oírlo de su voz, porque si Ud. me desoye, creeré que me han engañado y volver ahora a mi largo desconsuelo, sería horrible para mí...”

Sin duda, es un trozo del Secretario de los Amantes, que tanta utilidad prestó a algunas generaciones.

Para describir la belleza de Leonor, encontramos las siguientes palabras:

“Leonor llevaba un vestido de popelina claro que ajustaba su talle delicado que se divisaba a través de un ancho encaje de Chantilly y de una mantelera bordada de terciopelo negro. Los numerosos pliegues de la pollera se perdían longitudinalmente hasta el suelo, realzando la majestad de su porte, y un cuello de finos encajes de Valenciennes, ajustado por un prendedor de ópalos, confundía su blanco borde con el delicado cutis de su bien delineada garganta”.

Nos evoca una de esas actuales crónicas de Vida Social que aún los diarios publican para halagar banales fiestas de presentación de jovencitas en los salones.

También hemos encontrado esta muestra de análisis psicológico con que se describe un climax amoroso:

“—Las miradas que brillan con celestial ventura, los alegres proyectos, cernieron sobre ellos sus alas doradas y les pareció que el cielo era más azul y más puro el aire en que resonaban sus palabras”.

Podríamos citar muchas más pruebas de este mal gusto retórico. Pero nuestra intención no es censurar al autor que escribe de acuerdo con la moda literaria de la época, sino extraer algunas enseñanzas para los novelistas contemporáneos. No hay que hacer muchas concesiones a la fraseología en boga, pues ésta pasa como los modelos de ropa. Hay que descarnar, hay que luchar por emplear un lenguaje directo y depurado.

MARTÍN RIVAS, SIMBOLO DE LA CLASE MEDIA

Hemos dejado un poco de mano a nuestro héroe, preocupados de analizar y destacar el abigarrado paisaje humano que enmarca la acción novelística. Martín Rivas, hemos dicho, es un joven estudiante de Derecho que ha venido de provincia con un bagaje de salud y de nobles ambiciones, después de hacer unas anodinas humanidades en un liceo de su ciudad natal. Las Ciencias Jurídicas se prestan maravillosamente para las finalidades de los intelectuales provincianos. Un cartón con el título de abogado proporciona rápido brillo y fortuna.

Martín tiene una misión familiar que cumplir: redimir de la pobreza y abandono a su madre y hermana. Pero ellas no saben que su salvador se ha enredado en los lazos de un amor imposible y entre las intrigas de una clase que no es la suya. De esta manera, ha tenido que abandonar temporalmente los estudios. No se puede concentrar en altas disciplinas de la mente el que está perturbado por una pasión.

Rivas ha dado un fin mezquino a sus nobles propósitos iniciales. ¿Qué busca en esa muñeca frívola y sádica que lo tortura y trastorna? ¿Amor, posición social? Cálculo no puede ser, pues es un muchacho sin retorcimiento; es espontáneo, desinteresado. Creemos que ha tenido mala suerte de encontrarse, de improviso, con su ideal de mujer en el despertar de su erotismo. Sin esta pasión pura y violenta, Martín Rivas aparecería como un trepador, un buscador de fortuna, a través de un matrimonio de convivencias. Pero ha demostrado una recta personalidad, una firme y decidida voluntad de triunfar, pese a todos los obstáculos. Cuántas veces estuvo al borde de “regresar a Copiapó con los cortos recursos de que disponía y consagrarse allí a trabajar para su familia; mas pronto su enérgica voluntad le hacía

avengonzarse de querer quebrantar su juramento por el vano temor de verse despreciado de una mujer. Luego, su fortaleza moral lo llevaba al convencimiento de que el estudio es la única base de un porvenir feliz, cuando la suerte le ha negado la riqueza”.

Es el dilema de su clase: reemplazar la riqueza por el esfuerzo intelectual. Es lo que ha hecho pujante, esforzado y tenaz a esta clase, formada por jóvenes venidos de provincia, estudiantes de liceos fiscales. Esta clase media es la que hace progresar los pueblos, la que empuja la evolución social, con su cultura y sensibilidad. Desgraciadamente, en política, no sabe colocarse. Sus representantes, o son absorbidos por las clases altas, atraídos por sus falsos oropeles de figuración y riqueza, o se abanderizan en entidades revolucionarias, atraídos por la demagogia y, tal vez, por un resto de rentimiento. Martín Rivas fluctúa entre los dos polos, como buen representante de esta clase media. Lo vemos, ya actuando como un aristócrata o participando de un movimiento reivindicatorio. No logra atisbar la tremenda fuerza que podría tener un movimiento político y social de su clase...

Por otra parte, no olvidemos que la capital está poblada por un alto número de gente emigrada de provincia. Tampoco olvidemos que el que parte a la capital, es el más fuerte, el mejor dotado. Se requiere personalidad y ambición para dejar su medio y sus familiares.

Martín Rivas, es pues, un símbolo y de ahí la permanencia de esta novela, su vitalidad. Hay otras en nuestra literatura cuya temática la constituyen las luchas de estos jóvenes por llegar arriba. Pero esta lucha está ya superada. Hoy no se lucha por conquistar una mujer, la mejor mujer como lo han asegurado los freudianos. Hoy día los jóvenes son reclamados por otros ideales. Están la cultura, las ciencias, el arte, las reivindicaciones sociales.

BLEST GANA Y SU TEMÁTICA

Alberto Blest Gana tiene, sin discusión, un sitio destacado en la novelística chilena, tanto por la seriedad de su obra como por haber buceado en la realidad de su medio y de su época. Es un precursor, un pionero que abre sendas por donde pudieron pasar las generaciones posteriores. En su tiempo nadie se interesa por los temas vernaculares. Todos los círculos intelectuales están maravillados por la vida parisiense. Es un ambiente extranjerizante, de arribistas, de “rastás”. Lo chileno es deplorable, vergonzante. Lo paradójico, es que los mismos europeos son los que descubren nuestros temas. Un Carlos Wood, un Rugendas, un Monvoisin, reconocen calidad artística a

nuestros huasos, lavanderas, rotos y sobre todo, a nuestro imponente paisaje.

Blest Gana es uno de los primeros que reacciona contra lo europeo y busca en su propio ambiente los motivos y materia de sus obras. Su realismo es auténtico, pues los personajes son sus coetáneos, tipos del pueblo con los cuales tropieza a diario, linajudos señorones, empingorotadas damas que pertenecen a la alta clase, que es la suya. Los observa, los analiza y los traspasa al papel. Hasta nosotros llegan sus vicios, sus virtudes, sus reacciones, incluso sus intimidades. Por esto se le considera el precursor de la escuela criollista, que alcanza su apogeo en Mariano Latorre, Luis Durand y otros, para derivar hacia un neocriollismo o realismo social, que es la característica de los novelistas de la generación del 38.

Este trozo que transcribimos, nos permite comprobar esta aseveración. En él percibimos ya el latido que anima a la literatura chilena posterior. "Frente a doña Bernarda, que ocupaba la cabecera de la mesa, ostentaba su cuero, dorado por el calor del horno, el pavo, que figuraba como un bocado clásico, en la cena de Chile, cualquiera que sea la condición del que la ofrece. El pescado frito y la ensalada, daban a la mesa su valor característico y lucían junto al chanco, arrollado, y a una fuente de aceitunas, que doña Bernarda contaba haber recibido por la mañana, de parte de una prima suya, monja de las Agustinas".

O este otro, en que se describe la cueca con su gracia peculiar:

"Enderezose Agustín y continuó su baile, haciendo tales cabriolas y moviendo el cuerpo, que la grito aumentaba en vez de disminuir, y Amador, fingiendo una voz de tiple, cantaba, con gran regocijo de los oyentes:

*Al saltar una acequia,
dijo una coja,
agárrenme la pata,
que se me moja."*



Blest Gana, es pues, el novelista de la sociedad chilena del siglo XIX. Tiene clara conciencia de lo que hace. Su obra no es el fruto del acierto intuitivo. Es la resultante de una intención preconcebida. En un discurso que pronunció en su incorporación a la Facultad

de Humanidades, formula su cánón novelístico. Dice: "La novela debe ser copia de los accidentes de la vida en cuanto el arte lo permite". Lo que quiere decir que no debe hacerse una copia fotográfica, documental, sino que esta materia debe ser estilizada, pasada por el crisol de la sensibilidad artística, que es el escritor. Luego agrega: "Estudiando nuestras costumbres tales como son, comparándolas en las diversas esferas sociales, caracterizando los tipos creados por esas costumbres y combinándolas a fin de ofrecer una imagen perfecta de la época con sus peculiaridades características, la novela no puede dejar de ser el mayor o menor acierto de los que a ella consagren su esfuerzo."

Palabras palpitantes y certeras de una vigorosa imaginación creadora, que ha penetrado más acá del tiempo.